

# Turbocrónicas

## MARCO AURELIO CARBALLO

Paletadas infames

**Q**uerido maestro René Avilés Fabila: Desde luego no hay comparación entre tu desempeño crítico ante los aún vivos y quienes aprovechan la muerte de alguien para echarle una paletada de tierra extra. También discrepo de quien censura o condena o maldice a los que critican a un muerto, aunque haya de rips a rips. Por lo pronto, Hitler y Stalin y, el siguiente, Bush hijo. Esto es, debes escribir la verdad, tu verdad. Todo puede decirse en positivo y lo mismo en negativo. Los acusan de envidiosos, pero podrían ser también personas con principios, congruentes. Rafael Ramírez Heredia (RRH) hizo un reportaje sobre la Quina (La otra cara del petróleo, Diana) y no biografía y menos oficial. La princesa M. está mal informada. ¿Puede ser oficial lo sindical? Quizá dentro del mundillo obrero. Mi referencia es lo que llaman “biografía autorizada” o “no autorizada”. La frustración de RRH fue acaso no hacerse amigo de un presidente, y pudo haberlo tenido, Cuauhtémoc Cárdenas. Los hay amigos de presidentes asesinos, y no el asesino intelectual de uno, de decenas, de cientos. Espero que se te venga a la mente el mismo que a mí, sin buscarle demasiado. Si el Rayo Macoy hubiera tenido enfrente a Fidel Castro, lo hubiera hecho su amigo, ¿y? Bueno, lo criticarían como critican a los amigos del comandante Castro. Estoy de acuerdo en que una cosa es hacerlos y otra tenerlos.

Como suele decirse, no lo defiendo, le hago al abogado del Rayo y más que de él, de todo quien escriba narrativa. Alguien acaba de afirmar que se puede ser buen narrador y al mismo tiempo estúpido. Ese alguien exageró, supongo, o acaso fue una mala traducción. La correcta pudo haber sido subnormal, je je. ¿Has conocido a algunos? Pero ¿qué significa ser buen narrador? ¿Podría alguien narrar muy bien malas historias? ¿Narrar bien los pasajes, las situaciones, pero con resultado inane, insulso? En positivo, alguien, un buen narrador, es inteligente y además astuto. ¿Procede? En ocasiones escucho cuando se dice de alguien que no es inteligente, es astuto. Astutos, los animales, dicen otros. Todos tenemos cierta inteligencia y cierta astucia, dejaría-

mos de ser animales en dos y no en cuatro, pero también sospecho que muchos factores disminuyen la inteligencia y la astucia. La infancia. El trago. RRH tenía las dos cualidades y por eso llegó adonde llegó. Desde luego, no era perfecto.

Lo curioso es la grilla entre escritores y luego que la publican. ¿Por qué no trasciende la que sucede entre pintores o entre músicos o danzantes? Porque ellos no tienen dónde publicar, colijo con mi gran inteligencia. Lo cual me permite escribirte que El Búho llega adonde ni te imaginas sin que minimice tu imaginación (¡imagínate!). Más bien tú podrías ser pesimista o escéptico respecto a los alcances de la revista, ahora sí tu revista. En Tapachula, los talleristas me la arrebatan como si fueran tortibonos. Yo vería el asunto desde la perspectiva de qué bueno que alguien opine así de un personaje muerto y otro piense diferente y se publique en la misma revista y hasta en el mismo número (81). Eso es muy periodístico. Los lectores desconocidos deben hacerse la pregunta, cuando leen la semblanza de un fiambre aún fresquito (vaya contradicción y redundancia), ¿qué, acaso era un santo, un extraterrestre o un robot? Eso significa, me temo, el principio de convertir al personaje en estatua, sin pasar aún del cemento al bronce.

Un subdirector de Excelsior contaba que el jefe de información de ese mismo diario coincidió en un vuelo con el Tigre Azcárraga. El jefe se cambió de asiento. ¿Temía perder la cartera o el contagio de la sarna? ¿Oía a orines de felino? El subdirector lo hubiera entrevistado..., dijo. ¿Quién estuvo en lo correcto? ¿Había que huírle a La Quina?

Otro punto en favor de que El Búho publique dos enfoques disímiles es que coincide con lo dicho por Truman Capote acerca de la literatura, de la narrativa o de la novela (de la vida): “Toda literatura, desde la biografía a los ensayos, pasando por las novelas y los cuentos, no es más que chismorreos. Alicia en el país de las maravillas es chismorreos. Si se empieza a examinarlo, encontraremos murmuraciones incestuosas, luego entramos en chismes de adultos que violan niños”.

No he leído aún lo que ha escrito Héctor Anaya, pero ni polemizaré ni lo objetaré. Creo haber conocido lo suficiente de la condición humana sobre cómo ven dos personas a un tercero. Incluso cuando hay que escribir de un muerto (por amistad o porque te lo piden) surge la pregunta ¿debo escribir sobre el lado bueno del muertito o la verdad? Algo parecido ocurre con las parejas divorciadas cuando se dice que está el punto de vista de él, el de ella y la verdad.

Querido maestro me he extendido y con irresponsabilidad ignoro si redondeé el asunto como lo haría un articulista o un ensayista, es decir, ustedes los intelectuales. Yo nomás soy emocional y sentimental.

Viaje a Barbaria\*

Para Martha Grajales, flamante secretaria de turismo de Chiapas.

Ahora me ha tocado ese hotel de nombre impronunciable y, el restaurante, al girar en la esquina. Es mejor un hotel con servicio de alimentos pero el presupuesto municipal fluctúa como la bolsa. De uno de cinco estrellas paso a un agujero infame y viceversa. En cierta ocasión, después de mis ocho horas de trabajo en dos días, resolví distenderme. Llegué tan distendido que al subir al segundo piso creí ver la escalera sin barandal. Pero ¿cuál era el problema? Si creo mundos, casi siempre demoniacos, ¿por qué no inventar un barandal? Hice como si lo hubiera y llegué ileso a mi cuarto y NO gateando como Raymond Chandler (1888-1959). Al día siguiente confirmé la falta del barandal y... de la pared. Pude haber sumado mi herrumbrosa osamenta a los fierros y coches desvencijados de un taller mecánico. Nunca olvidaré el hotel Teresita.

Después de dos noches en el hotel de nombre complicado, girando a la izquierda en la Sexta Norte esquina con los Portales, estoy listo para dar cuenta de las enfrijoladas. Ese platillo es el que me causa mínimos estragos. Un huevo cada cuaresma, ordenó el matasanos. Ni una cucharada de caldo de pata. ¿Plátanos fritos con crema y queso?, sería otra forma de suicidarse. En esos viajes hago seis comidas en dos noches y tres días. Así que iba a ser mi sexto plato de enfrijoladas, con queso no con pollo. Los pollos están infestados de hormonas, dice el médico terrorista. Cada mañana me observo los pectorales. Las hormonas podrían metamorfosearme en una nodriza tetona.

Incómodo, he corregido diez cuartillas a diario en lugar de treinta porque no hay mesa en el cuarto y tengo que poner la compu sobre la maleta. En el restaurante, dos televisores tienen el volumen a lo que dan. Veo los prolegómenos de la transmisión de poderes. La bronca entre diputados resulta menos espectacular que en días anteriores. Como siempre, la información es deficiente. Los colegas se han limitado a practicar el deporte mexicano del chantaje sentimental, o ¿será social? Oiga, le dicen al entrevistado, ¿no les da vergüenza? ¿No les preocupa lo que digan en el extranjero? Nunca sabré cuál era el trasfondo de las cancio-

nes de aquella madrugada cuando las partes en pugna durmieron una al lado de la otra. ¿Cambiaré de periódico o de país?

El café parece petróleo. Ácido, quemado y negro-llanta. Este café no es café. Pido crema en polvo para disfrazar la cicuta. No lo trabajamos, dice el mesero. Se acabó, me ha dicho otro. En la tierra del mejor café del mundo, sirven aguas negras. En las paredes veo unos mapas de cascadas y de playas. ¿Habrá buen café ahí? Luego miro el piso por donde van y vienen meseros y meseras. Dioses, el único restaurante del mundo con baches.

El locutor dice que el ex presidente y el presidente han llegado a la puerta de la cámara de diputados. La imagen va de un lado a otro. De súbito ahí están ya los dos, asimétricos. ¿Por dónde y cómo entraron? ¿Se durmieron los camarógrafos? No, me ilustrará un colega. Por disposición constitucional (¿?) no transmitieron ese momento. ¿Porque los militares podían emprenderla a galletazos contra los diputados?

Me cuesta el doble subir las escaleras del hotel. Por el pasillo he tropezado con la base de madera de unas macetas y con un hombre en calzoncillos. Siento el cuerpo como de plomo. Ignoro si es el desaliento político o los seis platos de enfrijoladas. Inflar el triperío no me ha hecho encumbrarme como personaje de García Márquez. Claro, hay gran diferencia entre el chocolate y los frijoles.

Estoy cepillándome los dientes en el cuarto seis del Algarcas. De pronto el lavabo se despega pero alcanzo a detenerlo con las dos manos. ¿Qué hago?... Escupo el cepillo y atisbo en la pared. Veo dos fundas de metal y en el lavabo unas puntas como de sables cortos. Los encajo. Termino de asearme, bien alerta. La plomería no es mi fuerte, pero ¿he salido airoso del brete? No porque se me están humedeciendo los zapatos, los calcetines... Es que también se ha zafado la tripa que conduce el agua puerca. En cuclillas, veo un agujero negro. Ejecuto algo así como el coito del fontanero y todo resuelto. Estuve a punto de dar voces de auxilio. Quizá lo tenga merecido porque pedí el cuarto en la planta baja. Había dos vacíos pero ninguno de los excusados tenía tapadera. Nomás los del segundo piso. ¿Acaso se los roban?

Poco antes, el huésped en calzoncillos estaba gritándole a la administradora. Se había acabado el agua. ¡Ya vino la pipa!, gritó ella. ¡Sí, pero el agua no subirá si no prende la bomba!...

¿Por qué se llama el hotel como se llama? ¿Qué ciudad es esa? Nada, dijo la encargada, son las primeras palabras del nombre y del apellido del dueño. Coño, me dije. Está bien la vanidad pero ¿por qué complicar las cosas? ¿Por qué atentar contra los propios intereses? Llego al aeropuerto tres horas antes.

\*El país de los bárbaros.

La muerte, el mejor cochito del mundo, los cañazos de ron y de cómo el reencuentro con la Plebe potencia como el viaje, no importa el repudio de Navarro

En ese viaje vi al abogado de mejor talante. Aun así, hablamos de la muerte desayunándonos en los portales. Él me lleva medio sexenio de edad, pero ambos sentimos bastante próxima a “la putilla del rubor helado”, diría el poeta. A García Corral le obsesiona saber qué sucede en los tres últimos minutos. Es una suerte de película, le digo. Verás pasar tu vida completa. Él ha escuchado o leído la versión pero ni le da crédito ni se lo quita. El abogado quisiera saber qué sucede en realidad. Cuando le hablaba del resplandor al final del túnel y de que a muchos se les escapan algunas lágrimas, llegaron Fonshito y Navarro y rindieron un parte breve sobre las tareas a su cargo para el festín.

Los decanos de la Plebe de Barrio Nuevo iban a reunirse en casa del abogado Armando García Corral, el único profesionalista. Navarro me había convocado para empinar el codo a la vera del río Tescuiyapa. Experimenté enormes ganas de conocer el sitio porque ahí aprendí a nadar aunque, acarballado, estuve a punto de ahogarme. Pero reconsideraron y el guateque iba a ser en casa del abogado. Habría cochi(ni)to al horno, desde luego, y tequila. El abogado preferirá cañazos de ron blanco, y yo me sumaré a su causa. El agave puede sacar a flote la bestia que llevo dentro.

En cuanto concluí mis tareas corrí por las vituallas, y una pila de servilletas. Me hago ese propósito. Nunca llegar con las manos vacías, y con servilletas. La faceta pulcra de mis obsesiones. No me cepillo la dentadura tras cada bocado porque sería demasiada molestia. Claro, soy carne de psiquiatra. Estás acomplejado, me dijo alguien porque no permití que otro compañero pagara mi cuenta. Pero total, dije. Tengo todos los complejos del terrícola y los del marciano.

El patio era enorme, visto desde la perspectiva de un soconusquense radicado en el D.F. hace ocho sexenios. Árboles y matas, producto del suelo todoparidor. Cielo verde cruzado por rayos de oro. La mesa quedó bajo una sombra tupida. Fonshito (a) Alfonso Torreblanca y Navarro (a) Óscar Navarro iban y venían de la cocina. Armando y su hermano Rogelio estaban sentados a la mesa, así como el ex comandante de bomberos Chanita (a) Feliciano Godínez Gómez.

Recién llegados, arrancamos mi hermano Marco Tulio y yo. Me forjé un taco de cochi(ni)to para evitar que se me calentara el

hocico, vía las cubas, alertaba el Rayo Macoy (a) Rafael Ramírez Heredia (1939-2006). Umh. Exquisito. Me hice otro y otro más. Querían hablarme del menú pero no les di pauta. Faltaba el cocido madrileño. En el último trimestre yo había picoteado tres cochi(ni)tos insípidos.

Platicamos... Bueno, habló Navarro. Por los codos. Gesticulaba y meneaba los brazos a izquierda y a derecha, arriba y abajo. Una gorra de pelotero le cubría las suturas rojizas en la calabaza debido a un choque de taxis. Las mostró haciéndose a un lado el cabello crespo y negro. Su fogosidad contrastaba con la pasividad de Chanita y de Rogelio afectados de los meniscos. Yo, de las tripas, pero ¿iba a perder la oportunidad de relamerme con aquel manjar?

En el D.F. recordando el guateque y el ambiente y el buen semblante del abogado García Corral, me cayó el veinte. Navarro evocó minuciosos pasajes de nuestra vida loca en la colonia Obrera chilanga. Amoríos, fiestas, broncas. Varios de esos pasajes recreados en Muñequita de barrio (FCE). A fin de incluir lo olvidado más que soslayado tendría que escribir un anexo o la segunda parte.

A petición del abogado, Navarro medio soltó el micrófono. Medio porque hablamos de los milagros del viagra, y Navarro quiso intervenir no para darnos una receta casera sino para condenar nuestra adicción a la tableta azul. Pero, querido amigo, el asunto no tiene otro remedio que el hallazgo del siglo XX, lo grandioso después de la conquista de la Luna.

Observaba al abogado, ecuánime como siempre, aunque de nuevo soltero. Su compañera ha emigrado y quién sabe qué tanto ha contribuido en su aire saludable. Sobre todo del alma. El alma torturada de un artista que sometió su vocación de pintor para llevar a casa un título universitario. El sacrificio que su generación hizo en aras de los convencionalismos. Yo me rebelé, y a doña Enriqueta (1912-2004) le llevaba mis libros en el vano intento de persuadirla de que cada uno era la tesis de un título. No la convencí pero con el séptimo mamotreto dejó de pedírmelo, acaso vencida.

Ahora quiero volver a ese patio y retomar nuestra charla y escuchar a cada uno de ellos mientras el entrañable maestro Benny Moré lanza a los cuatro vientos, sobre nuestra selva empuetada de verdor, las estrofas de “Qué bueno baila usted”. Alumbrados por el ron y extasiados por el cochi(ni)to, no importa que la putilla nos obligue a ver antes de tiempo aquellos tres últimos minutos. 🍷